

El impacto pedagógico del idioma vehicular en el aula

Dr. Antoni Zabala

Presidente de IRIF

Nota: Este artículo ha sido publicado como editorial por la revista Aula bajo el título: *Recortes y responsabilidad del profesorado*.

¿Cuál debe ser nuestra posición como profesionales de la enseñanza ante las medidas de recortes sistemáticos y generalizados en educación?

La situación de crisis económica de alcance mundial está justificando una revisión sin precedente de la sanidad y la educación, dos de los pilares básicos de la, aún no alcanzada en nuestro país, sociedad del bienestar.

Aunque podamos considerar que es un análisis simplista, la situación que nos encontramos es el resultado de un sistema económico que se rige por unas reglas de juego que están al servicio del gran capital; a su vez, éste establece los mecanismos que deben aplicar los inaprensibles «mercados» y éstos dictan, finalmente, las medidas que deben adoptar los gobiernos. Evidentemente, es un sistema que contradice de forma flagrante la idea que tenemos la mayoría sobre lo que debe ser una sociedad democrática.

Al menos son tres las responsabilidades que hemos de afrontar los docentes: como ciudadanos, como trabajadores de la enseñanza y como educadores. Para dar respuesta a todas ellas es necesario, dentro de lo posible, el conocimiento y análisis de las causas que han provocado la crisis del sistema financiero y la revisión crítica del sistema económico vigente.

La responsabilidad como ciudadanos no es ni más ni menos que la que tiene cualquier otro profesional y está relacionada con la mayor o menor capacidad de incidencia e implicación en el entorno social, además de las expresiones formales de su pensamiento en las sucesivas contiendas electorales.

Como profesionales empeñados en la mejora de la calidad de la enseñanza, es imprescindible defender ante la sociedad el alto grado de profesionalidad de la mayoría de los docentes y exigir con todos los medios disponibles la inversión en educación que permita garantizar la mejora continua del sistema educativo, insistiendo en una proclama, reiterada hasta por el actual ministro de Educación, que propone que «invertir en educación es caro, pero no invertir es carísimo».

Como educadores, tenemos dos instrumentos que dependen de nosotros: cómo tratar los contenidos y la forma en que enseñamos. Tanto uno como otro son el reflejo de la posición que adoptamos y la interpretación y aceptación más o menos crítica del modelo social y económico existente. La manera en que seleccionamos los contenidos de aprendizaje, pero especialmente cómo los presentamos, desde una opción exclusivamente disciplinar o desde un enfoque globalizador y, en este caso, aquello que escogemos como objeto de estudio de la realidad que se ha de comprender, el proyecto que se va a realizar, el problema para resolver o el caso

que analizar, dependerá especialmente de la intencionalidad y de la función social que atribuimos a nuestra tarea como docentes.

La práctica educativa, es decir, la forma en que enseñamos, también es un reflejo del nivel de análisis crítico que pretendemos que nuestro alumnado consiga. El tipo de relaciones interactivas que se producen en el aula, la organización social y dinámica grupal con un mayor o menor grado de participación, el tipo de roles del alumnado en el trabajo en equipo, lo que evaluamos y cómo lo evaluamos, etc., ayudan al alumnado a entender cuál es su papel como ciudadanos y ciudadanas, su posición reflexiva y crítica ante el sistema vigente y su compromiso personal.

A pesar de la dificultad para conseguir que un mundo mejor sea posible, los profesionales de la educación tenemos en nuestras manos más capacidad de incidencia que la mayoría de los trabajadores de otras profesiones. Aprovechémoslas.
